

Ojos

[extraído del relato "La primavera fantasma"]

Dr. Luis María Etcheverry

Dice una voz:

Vos, que me mirás con esos ojos tuyos,

tan tuyos

y gigantes de asombro niño.

Y yo..., yo que quiero decir infancia, gritar infancia, susurrar infancia

y digo ojos.

Digo tus ojos.

Tus ojos que me miran cuando corro y corro tras de
tus ojos.

"¿Por qué?" me pregunto una y otra vez e infinitas veces "¿por qué?",

si tus ojos están aquí, ante mí,

con mirada de lanza arrojada hacia un sol de sangre

que se oculta más allá de mí

hacia el ocaso

y tras de mí y a

través de mí

en la caída

en que te estás despeñando y me

estás empujando

para no estar

solos una vez más

en tu sueño de niña despierta

por esas voces lejanas y siempre más

verdaderas

que te llaman por tu nombre

tu nombre
que acaso habías olvidado al borde
del estanque
espejo
junto a las lilas silvestres que te gustaba juntar en tu vestido blanco,
blanco lila,
blanco niña
olvidada en la espesura del bosque
en que otra vida te soñaba cayendo en aquella
caída tan tuya
y ahora tan mía y tan de nadie,
que entonces me da por correr a la grupa de
aquel corcel negro
desbocado
a lo largo de la orilla del mar. El mar. Y siempre el mar.
Hay, entonces, el horizonte incendio
donde un jinete azul
te lleva al galope
hacia la noche
bosque de lilas
donde caes dentro de mí,
pero más allá de mí,
a lo largo del desfiladero donde se recortan las figuras,
las nuestras, las de un
cuento para niños.
Porque de pronto yo soy el jinete que te secuestra

inmensamente lila y tu eres la niña de la mirada

vértigo de la corrida. y tu vestido blanco luna se agita al viento

da miedo. Y hay algo de apocalipsis en mi presagio de jinete oscuro que

Pero no hay secuestro sino rescate de mí hacia ti
en busca del sendero que tu sueñas y que lleva hacia el
estanque

espejo

al que me conduces mientras cabalgo en la noche

la sombra en que escapamos de

telaraña

gigantes que avanza entre los árboles cuyos pies de

abrean en los charcos extáticos de plata.

Porque después de todo no hay el horror
que grita desde la espesura de una pesadilla.

No hay el reclamo de las voces quedas del insomnio.

No hay la persecución de jinetes perversos

o jaurías hambrientas al acecho de la nada.

Sólo una corrida deslumbrante por el filo peligroso

convergen en que la tierra y el cielo

en un mismo asombro

con su luz de ocaso. que nos hiere

Y hay el silencio del bosque en que se incendia tu mirada
a cada parpadeo de la noche en que avanzamos.

Y tus brazos desnudos rodean mi cintura

donde empuño la espada

que rasga los sucesivos velos

de la sombra.

Y durante siglos de cabalgar así,

en la noche

(y como lo único cierto cuando el mundo

se hunde en los pantanos de lo irreal)

sólo es el susurro de tu aliento sobre

mi pecho,

sólo es tu voz queda que acierta en

cada encrucijada

el derrotero hacia el sueño

despierto

en que nos estamos mirando

cuando la imagen del

estanque

espejo

nos refleja al alba en los ojos lilas

en que no nos cansamos de buscar

y mirar mientras nos

tendemos

a la orilla de la noche en que

por fin arribamos.